

DISCURSO PRONUNCIADO

POR EL C. CORONEL

JESUS MARIA ROMO,

EN LA ALAMEDA DE TOLUCA,

EL DIA 5 DE MAYO DE 1869.



TOLUCA: 1869.

Tip. del Instituto Literario, dirigida por Pedro Martínez.

Unos cuantos cartuchos mascados
por bocas plebeyas, fueron lo bastante
para barrer con los reyes.

ALFONSO ESQUIROZ.

CONCIUDADANOS:

Era costumbre entre los antiguos al comenzar cualquiera obra, invocar el nombre de la Divinidad á quien tributaban homenaje, saludando en alta voz á sus dioses tutelares. Esta salutación era indispensable al buen éxito de sus empresas; nosotros á imitación de ellos, en este gran día de ilusión pública, de regocijo nacional, al conmemorar las glorias de la patria, invoquemos con entusiasmo su nombre:

¡¡Mexicanos!! VIVA LA PATRIA.

En gracia de ella tan querida para nosotros, prestadme, yo os lo suplico, vuestra atención por un momento.

Envanecida con su gloria, satisfecha y pretenciosa con su poder, orgullosa y conquistadora la vetusta Francia, atraviesa fascinada por sus victoriosos recuerdos las espumosas y encrespadas olas de los mares, ostentando magestuosa sus imperiales banderas, y cobijando bajo sus pliegues las tendencias dominadoras y sanguinarias del Borni desembrista, que oculto en los pantanos del Louvre ó entre las cenagosas márgenes del Sena, tendia miserable y atrevido su garra al Nuevo-Mundo, soñando como Platon la realidad de la Atlántida, la existencia verdadera del Bellosino de oro que inventó la fábula.

La vieja prostituta ataviada con los vestidos de la juventud, ennegrecidos sus cabellos por el artificio del cosmético, sus arrugas desapareciendo bajo la influencia del colorete.

Gasmoña y ridícula afectando gracias que el tiempo arrebató, en su paso, la monarquía francesa prodiga sonrisas á la traición influenciada por la atmósfera de sus baenales, deslumbrada por el brillo de sus oropeles y ensordecida por los ecos de sus hazafías militares.

Fatídica y aterradora, la traición se dibujaba entonces como una sombra en la penumbra del porvenir, y semejante al ave de la noche lanzaba de tarde en tarde el lúgubre y plañidero canto de su impotencia, ante las gradas de un trono levantado sobre el cadáver de la República ametrallada por Napoleón III y cubierta aún con el indestructible sudario de la inmortalidad.

Los hombres que vencidos y aniquilados más por la generalidad del sentido común que por la fuerza de las armas, habían pretendido luchar envano contra el espíritu dominador y progresista del siglo, obcecados y pertinaces, en su despecho mezquino, ofrecieron en venta, ante el mercado de las naciones, la libertad de su patria: maldad inconcebible! delito incalificable! ¿Cómo pudieron esos hombres arrancar de sus corazones el amor de la patria? ¿Cómo puede el hijo olvidar el cariño y la gratitud que debe á su madre?

En los azules límites de nuestro Golfo aparece por fin la escuadra napoleónica, con todo el prestigio de su disciplina y el ostentoso aparato de su fama bélica. Sobre la II. Veracruz baten sus pesadas alas las vencedoras águilas del imperio, simbolizando el pensamiento de la reconquista de México; pensamiento que brotara en el cerebro maquiavélico de la traición y que fuera acogido con agrado por el autócrata francés.

Una convención firmada en Londres, ponía la nacionalidad de México á discreción de la triple alianza. La empresa era fácil bajo todos aspectos: ¿qué podían valer ante el formidable poder de tres naciones, ocho millones de *Parías* dominados por una minoría opresiva,—decía la traición.—Esta idea halagadora por demás, resolvió la intervención. Para los déspotas de todos los tiempos, matar la libertad y la existencia política de una nación, es un negocio como otro cualquiera.

Tributemos antes de proseguir, un homenaje de justicia á la caballerosidad de la España y la Inglaterra. Estas dos naciones se retiran de nuestro suelo, llevando á sus gobiernos como resultado de su expedición, la ruptura de la convención y el honor de sus banderas sin mancha; esta conducta leal, era el baldón á la decantada hidalguía de la Francia y el látigo de la infamia que eruzó la faz de sus representantes.

Rotos y hollados los preliminares de la Soledad, el pueblo mexicano ante ese perjurio podía lanzar sin temor á la Francia la saliva del desprecio, para manchar con ella su frente ante los hombres y su conciencia ante Dios. ¡Oh! Si el sentimiento del amor pátrio que germina en mi corazon pudiera derramar el fuego de la indignacion, si me fuera dable sembrar la semilla del encono en el suelo de esa nacion infame y maldita, no hallaria apurado el Calepino de los dicterios, frase bastante denigrativa para apellidarla: el silencio en estos casos es mas elocuente, dice un proverbio vulgar, y á él relego la denominacion propia que deba dársele.

Conciudadanos: os pido perdon si fanático por mi patria, me he separado de la honrosa mision que se me confiara para dirigiros la palabra en este dia, sétimo aniversario del 5 de Mayo.

Acultzingo, allí estás tú, centinela avanzado de las libertades pátrias; resistes el primer empuje de ese ejército invencible que confiado en sus tradiciones militares y azuzado por la traicion, avanza hasta Puebla, satisfecho de antemano con el éxito de una victoria que juzgaba segura.

“Adelante,—dicen los traidores al general francés,—Puebla no puede ser defendida; la ciudad nos recibirá con coronas.” “Dentro sus muros aguardan impacientes nuestros parciales la llegada del ejército, y las chusmas de Zaragoza desaparecerán al primer disparo. Sin elementos, sin moralidad, sin disciplina, esas hordas no pueden resistir;” así lo ha manifestado Uruga al gabinete de Juarez.

Zaragoza, hijo del pueblo; de este pueblo cuyo corazon es todo para su patria; de este pueblo que derramó su sangre por su libertad; de este pueblo que escento de aspiraciones combate por un principio y lucha por una idea. Zaragoza, repito, esperaba tranquilo el avance del enemigo: la fé de su alma, la rectitud de una conciencia que comprende la justicia de su derecho unidas al amor de la patria, todo le auguraba un resultado benéfico.

Apenas los primeros destellos de la aura comenzaban á iluminar la ciudad que se despertaba agitada al sonido marcial de los clarines y tambores que tocaban la diana, el pesado rodar de la

artillería, el ruido que producían los cascos de los caballos sobre el pavimento de las calles, el acompasado y uniforme paso de la infantería, todo anunciaba que el ejército mexicano estaba en movimiento. Las columnas se dirigían á los cerros, ejercitándose en hacer fuego avanzando terreno; á escepcion de Guadalupe, fortificado durante la noche por trincheras levantadas con sacos de tierra, el resto del ejército esperaba á pecho descubierto la hora del combate y de cuyo resultado iba á decidirse nuestro ser político. Puebla, como ha dicho muy bien el divino Prieto, “era una hostia que estaba al levantarse para consumir “un sacrificio en pro de la humanidad.” México, por toda muralla á las balas enemigas, iba á oponer los corazones patriotas de sus hijos.....

Hermosa y engalanada la mañana con su traje primaveral, venía acompañada de una brisa pura, que amorosa y alegre besaba nuestra enseña tricolor, ocultándose juguetona entre sus pliegues..... Truena el cañon; aterrador se esparsa el eco por todos los ámbitos de la ciudad y del campamento. La metálica voz de la campana mayor de la catedral tocando arrebatado, anuncia que el enemigo está al frente. ¡Oh, Dios mio! ¡Dios mio! Tú que presides el destino de los pueblos, favor para mi patria: tiende tu mano protectora y ampara su existencia: la tiranía enseñoreada por el derecho brutal de la fuerza injusta y agresiva nos ataca. “Espada en mano ronda las huestes, mas que nunca terrible, el ángel exterminador”..... Hay un momento de ansiedad, de espantosa agonía: al bélico sonar de los clarines sucede la calma del silencio; momento supremo en que atravesando la distancia que la separa, el águila orgullosa de Dolores, á el águila del Sena contemplaba!

El estampido del cañon se dejó oír en el campo enemigo, y su primera granada es el reto de muerte, el prelude de la lucha. El ejército mexicano en pié y valiente, resiste el fuego incesante de su artillería, contestando simultáneamente la nuestra; las cornetas francesas se perciben ordenando el ataque, tres gruesas columnas se desprenden al paso de carga sobre los cerros. ¡César, los que van á morir hoy, te saludan! decían los romanos, César personificando á la patria: tierno y sensible adios del co-

razón patriota, el misticismo del amor al suelo donde se nace. ¡¡Viva México!! ¡¡Viva la Independencia!! Este grito dado por uno de nuestros generales, resuena en el alma de cada soldado: las descargas nutridas de la infantería responden á los fuegos del invasor, y sus batallones son diezmados por las certeras punterías de los Zacapoztecos: un instante mas y el humo de la pólvora envuelve á los combatientes haciéndolos desaparecer. Parece que las armas se disparan al mismo tiempo, tan constante y redoblado es el fuego; los ayes de los heridos, las imprecaciones, los gritos de entusiasmo, la voz de los gefes y oficiales animando á la tropa, todo se confunde y nada se percibe: la batalla una vez empeñada necesita terminar; no hay otra disyuntiva, la muerte ó la victoria. Nuestros valientes avanzan, sus bayonetas se cruzan con las del enemigo, se combate cuerpo á cuerpo; la lucha es mas sangrienta en estos momentos, un esfuerzo aún y la patria está salvada. ¡Bien, muy bien, soldados! habeis derrotado al primer ejército del mundo, las águilas de Francia baten el vuelo en retirada vencidas y humilladas; los cien veces invencibles, amedrentados retroceden y vuelven la espalda ante las victoriosas puntas de vuestras bayonetas.

Hasta parece imposible al general francés. Se atribuye á la casualidad y no al valor este resultado. Es indispensable probar el éxito de otro combate y organizar el ejército disperso. Zaragoza animado, valiente, recorre su campo felicitando á sus hermanos de armas y espera impasible la segunda carga: todo el mundo se mantiene firme en su puesto. Los soldados franceses acostumbrados á vencer, se lanzan de nuevo: esta embestida es mas poderosa que la primera, ella debia vindicar el primer descalabro, el orgullo militar de este ejército aguerrido y su valor mucho tiempo probado, estaban altamente comprometidos; mas la fortuna esquiva para ellos, en este dia torna su faz apacible y nos sonríe bondadosa; ciérne sus divinas alas el ángel de la victoria, posa su vuelo y cubre su benigna sombra la bandera de México. A las armónicas notas de las músicas entonando el himno nacional, las dianas se repiten y los vítores se multiplican: por segunda vez los invasores han sido rechazados.

Hasta aquí los golpes de arrojo; ahora unéanse á ellos la estrategia y la ciencia: voltear la posicion enemiga, forzando y arrollando uno de sus flancos, es la idea predominante de Lorenz; el ataque se dirige esta vez á la loma de los Remedios: sin fortificacion ni punto de apoyo, fácil vá ser derrotar la fuerza que lo defiende; el ejército mexicano se veria batido á retaguardia, desmoralizado abandonaria los cerros y serán tomados; pero allí está Porfirio Diaz, el jóven general, el soldado del pueblo, formado en los campos de batalla, y cuyo valor jamás desmentido, parece renacer mas y mas. Desalojado de la pequeña eminencia que ocupa en el acto, tiene la gloria de arrojar dos veces aún al enemigo que lo habia vuelto á tomar, quedando al fin, en posesion de ella. Diaz pone su infantería en su persecucion y los leones de Sebastopol y Zolferino llevan impreso el sello imborrable de su triple derrota; un pequeño grupo de caballería se destaca sobre ellos y muchos son heridos en el rostro por las culatas de los mosquetes y carabinas que nuestros soldados no habian tenido tiempo para volver á cargar, tan precipitada y vergonzosa habia sido la carrera. ¡Victoria espléndida! ¡Protesta sublime de un pueblo libre contra la usurpacion; los soldados de la VÍSPERA,—como se les llamaba—derrotando y venciendo á los viejos veteranos; los “cartuchos mascados por bocas plebeyas siendo bastantes para barrer con la monarquía.” México, nuestra encantadora y divina México, sollozaba de alegría: hasta la naturaleza parece que quiso poner su contingente de regocijo: una lluvia pura en medio de un sol ardiente y hermoso, se desprendió acompañada de un fuerte granizo; eran las lágrimas de la Libertad que caían condensadas santificando el suelo empapado por la sangre de los libres: eterno reproche de la humanidad al despotismo. Zaragoza se inmortaliza, su nombre forma una epopeya; es el lema de una era gloriosa de bendita remembranza.

Diaz, Berriozabal, Gonzalez; gefes, oficiales y soldados, recibid en nombre de la patria la débil ovacion de gratitud que os ofrezco. Tomo las palabras de Guillermo Prieto, para deciros: “Mi voz es un himno de glorificacion á vuestras hazañas; vengo “mas que á bendeciros á ensalzaros.” ¡Valientes, la patria ós

saluda en el sétimo aniversario del *5 de Mayo* y corona de nuevo vuestras frentes con el inmarcesible lauro de la gloria!

Detengámonos un instante: vamos á emprender un camino doloroso, la marcha será penosa. Diez meses han pasado; Puebla se levanta erguida sobre su Calvario en 1863, sucumbe, pero invencible. La sangre vertida en los combates durante sesenta y tres días, es el precio á la redencion de México: ella asegura la ccistencia de los pueblos libres en el continente. Puebla, es el Jesucristo de las Américas.

Los pueblos que en defensa de su Independencia y Soberanía combaten con heroismo, son el *hasta aquí*, á las ambiciones de los déspotas en sus tentativas de conquista, llegando á inspirarles temor y respeto.

Cubramos nuestras cabezas: el parricidio está consumado! La traicion ha coronado su obra.

La junta de *Notables*, formada por Forey, proclama en nombre de la Nacion, la monarquía de México. El Archiduque Maximiliano es el predestinado: una comision nombrada al efecto, marcha y le ofrece la corona que él acepta. Corona enrojecida por la sangre de patriotas immaculados; corona cuyas joyas han sido compradas con el llanto de la patria.

El arribo del Emperador preocupa todos los ánimos, ilumina el placer la faz de los traidores; la tristeza y el pesar marcados se encuentran en el corazon de los leales. Un triste presentimiento les anuncia el nacimiento de una era luptuosa de maldita memoria. Llega el salvador de México: como es blondo y tiene azules los ojos, parece que ha venido del cielo: lo acompañan su augusta esposa, guardias palatinas, chambelanes, el santo clero, damas de honor, condesas y marquesas, de csas que se hacen en el recinto de los gabinetes reservados de los Cafés cantantes: nobles fabricados con una sonrisa en los salones de las tertulias cortesanas, bajo la influencia de los licores, en las crapulosas orgías de los "Té danzante." Llamado por la *Nacion*, solo trac una pequeña escolta de cincuenta mil franceses; ¿para qué necesita mas? esta corta fuerza es bastante, su verdadero poder consiste en el amor que le profesan todos los mexicanos: en su paso para la capital, las poblaciones se engalanan; coronas,

flores, arcos triunfales, músicas; el alegre sonido de las campanas le dan la bien venida; los sacerdotes revestidos con ornamentos pontificales, elevan su voz en los altares, pidiendo al Autor del Universo derrame sus dones sobre la cabeza del hombre, cuya sola presencia era un insulto sangriento á la independencia de su patria; un padron de ignominia al suelo donde vieran la primera luz. Este pomposo recibimiento, habia sido preparado por la traicion bajo la influencia del ejército invasor.

Desde entonces, proscriba y errante la República, se ocultaba en el seno de las montañas; duerme en el campamento de los patriotas, en cuyos corazones tiene erigido un altar y un templo. Vive allí, entre esa falange de hombres á quienes se llama Chinaca, Ordas de bandidos, y los mas moderados, Disidentes. Entre esos desgraciados que la sangrienta ley del 3 de Octubre condenó á muerte; mientras la traicion batia palmas y se regocijaba en los festines y en las danzas.

Cortes Marciales, asesinatos en masa, cadalsos, persecuciones, encarcelamientos, flagelaciones, destierros y confinamientos; ejecuciones secretas, campos talados, el sagrado hogar de la familia violado, ciudades incendiadas, el siglo de la inquisicion en una palabra, todo esto fué necesario para civilizarnos: la ilustracion francesa en las bocas de los cañones y de los fusiles. . . . somos ingratos, debemos darles las gracias por tantos y tan señalados beneficios. Demandad su parecer sobre estos hechos sin nombre á sus secuaces, y os responderán: *Hizo muy bien S. M. el Emperador*. Así dijeron los satélites de Neron cuando á este miserable lo vieron hundir tres veces el puñal parricida, en el seno de la muger á quien debió la existencia.

Todavía hay mas: la degradacion y la infamia tocaron los extremos; todo lo francés se hizo de moda: el emporio del fanatismo religioso, hizo lugar al fanatismo francés. Para civilizarse, para ser verdaderamente ilustrado, bastaba tocar la borla de una gorra zuava; recibir en la faz la bocanada de humo estraida de una pipa francesa ó llevar representados los grotescos clavos del zapato parisiense que calzaban el inmundo pié del cazador de Vincennes.

¡Pueblo, tú que como el Argos de la fábula, has tenido cien

ojos para presenciar tanta ignominia; tú á quien me enorgullecio llamando hermano, porque comprendes lo que vale la patria, une tus votos á los míos para que jamás la tenebrosa nube de la invasion vuelva á oscurecer el bello cielo de México: mexicanos, todos trabajemos por la patria, vivamos para la patria y unámonos siempre procurando salvarla. Olvido á ese pasado borrascoso y sensible; fé en el porvenir: Puebla, Querétaro y México sean nuestro eterno recuerdo!!!

Conciudadanos: aparecen de siglo en siglo en el horizonte político de las Naciones, meteoros radiantes que dejan en pos de sí un trayecto luminoso, para alumbrar eternamente el inmenso porvenir de su existencia, reverberando cada uno de sus rayos sobre la enhiesta frente de las generaciones. En el *5 de Mayo de 1862*, está encarnado el orgullo nacional: era preciso que á la Noche sagrada de 1810, sucediera la Aurora de 1862 y el temprano luminar del Alba que con la luz de la gloria, bordara el nombre de México, siempre Libre, siempre Independiente!!!—DIZE.



COMPOSICION LEIDA

POR SU AUTOR

EL 5 DE MAYO DE 1869

EN LA ALAMEDA DE TOLUCA.

Cuando la patria sus pesares llora,
Justo es con ella que á la par lloremos.
Mas de su dicha al asomar la aurora,
De su dicha á la par tambien gocemos.
El que habla.

CIUDADANO GOBERNADOR:

Voy á contarte ¡oh pueblo! una conseja
Sin presumir de historiador; escucha,
Si complacido acaso no te deja
Culpa será de mi torpeza mucha.



Yo te quisiera amenizar el rato
Porque al fin á eso vienes, y es muy justo
Que cuando buscas el placer mas grato
No vengas á encontrar pena ó disgusto.

Mal forjada en verdad será la historia
Que en poco tiempo referirte quiero:
No tiene ni belleza ni oratoria,
Pero al fin me es igual. Yo considero

Que estamos en familia y eso basta,
¿Por qué he de sujetar mi pensamiento?
Y pues tambien soy jóven y entusiasta,
Vengo á mezclarme al general contento.

I.

Era una dama seductora y bella
Que al Orbe todo fascinado habia,
La púdica doncella
Por sus llanuras fértiles vagaba
Errante y caprichosa,
Y sus mejillas siempre acariciaba
El aura vagarosa.

De sus ojos los fúlgidos destellos
Reflejaba el arroyo cristalino,
Ojos audaces que al mirarse en ellos
Y por su influencia el hombre dominado
Quedaba ante la vírgen humillado.

Todo el encanto que posee natura
La vírgen de mi historia poseía,
¡Cuán hermosa si alegre sonreía!
¡Cuán hermosa tambien si su amargura
En honda soledad triste gemía!
Con un aire arrogante recorria
Del monte la selvática espesura,
Y aun las mismas montañas
Donde posaba sus airosas huellas,
Abriendo sus entrañas
Y despues de tener roncás querellas
Ablandaban sus duros pedernales;

La vírgen encontraba por alfombra
Variados y riquísimos metales.
Salpicaban su traje blancas perlas,
Topacios y preciosas esmeraldas,
Ceñíanla su cabeza
De flores vistosísimas guirnaldas.
Servíanla de dosel las verdes hojas,
El ramaje tupido
De árboles mil que enhiestos se elevaban;
Halagando su oído
Los trinos de las aves que cantaban.

II.

Sé á no dudar, que existían
Ambiciosos pretendientes
Que insinuaciones frecuentes
De hipócrita amor la hacían
Con frases muy elocuentes.
Mil trovadores osados
Con lira grata y sonora
Desde la noche á la aurora
Cantaban enamorados
A la dama seductora.

Aun desde allende los mares
La vírgen á vér venían,
Y mil promesas la hacían
De remediar sus pesares,
Y su malicia encubrían.
La dama fué muy discreta
Y no dió á tal cosa oído,
Solo vió un ser fementido
Con hipócrita careta
En cada galán fingido.

Corrían algunos rumores
De que la vírgen amaba
A un mancebo, y devoraba
En silencio sus amores,
Que de él seguro no estaba.

Afirmarlo no podría,
A tal punto no me atrevo,
Mas yo escuché del mancebo
Una tierna melodía
Que aun en mi mente la llevo.

Una noche, al asomar
La luna en el firmamento,
De un laud el triste acento
Vino en mi oído á vibrar
Y quise escuchar atento.

Por acaso dirigí
Mi vista para otro lado,
Y con el rostro velado
A la dama descubrí
Detrás de un envidriado.

Frente á la reja se hallaba
El gallardo caballero
Con su traje de guerrero,
Y tranquilo se apoyaba
En el puño de su acero.
Resonó al fin el laud,
La dama se estremeció,
En su mirada brilló
Una amorosa inquietud
Y esto el trovador cantó:

III.

Qué sinsabores
Me cuesta, niña mia,
Guardar de mis amores
La fresca lozanía.

Feliz si yo pudiera
Por tí encontrar la muerte
Oh vírgen hechicera.
Si vieras la intensidad,
Oh niña, con que te adoro,
Temiendo que tu beldad
Te haga perder el tesoro

De tu amada libertad.

Tú ignoras niña

Lo que he sufrido,

Pues mientras duermes

Tu sueño cuido.

Mi bien, despierta

Y evitarás tu ruina

Si estás alerta.

No te abandones

A la confianza

Porque te tienden

Negra acechanza.

Ay vida mía!

Vela entretanto

Que rompe el día.

Es fuerte tu enemigo,

Pero no importa,

El cielo me es testigo

Que amor me sobra;

Idolo mio

Que todos te respeten

Es lo que ansio.

Ya tengo preparados

Prenda querida,

Mis ínclitos soldados

Que dan por tí su vida.

Tal vez mañana

Verásme hecho cadáver

Al pié de tu ventana.

Ay hermosa!

Has permitido

Que un bandido

Sin igual,

Penetrara

Cauteloso

Tu reposo

A perturbar.

Ya sabe que débil eres
Porque bien lo ha calculado,
De tu candor ha abusado
Con traicion y con doblez.
Ya de tu hermosura dueño
Se cree iluso y delirante,
Y es que ignora de tu amante
La indomable intrepidez.
Poco importa que en Magenta
Triunfara y en Solferino,
Ya eclipsaré su destino
Con mi audacia y mi valor.
Ya le haré ver que á los bravos
Les basta la fé del alma,
Te conquistaré la palma
De la victoria, mi amor.

Asoma pues, vírgen pura,
Que al ver tu tierna mirada
Mi alma se siente inundada
De un valor cual nunca ví.
Y si me toca la suerte
De que por tu amor sucumba,
Vierte al menos en mi tumba
Una lágrima por mí.

IV.

Aquí calló el trovador,
El laud cesó tambien,
Soñó el amante en su ardor
Que circundaba su sien
El lauro del vencedor.

Se oyó luego leve ruido
Que la dama hizo al abrir,
Y así se la oyó decir
Con acento enardecido
Cual jamás he vuelto á oír.

V.

Ah de tus bravos Zaragoza! al arma,

Prestos los mire al despuntar la aurora,
Yo de tu amor seré la protectora
Y tierna de tu vida cuidaré.

Basta ya de promesas que me abruman,
Vé á defender mi honor que es lo primero,
Cumple pues como hidalgo caballero
Y amorosa tu sien coronaré.

Hurra valientes! conquistad la gloria,
Marchad á combatir esos menguados
Que impúdicos violaron los tratados
Que franca formulara mi amistad.
Decidles que desprecio sus blasones
Y la que llevan fama tan notoria,
Que ni el poder envidio ni su gloria,
Que antes que todo, quiero libertad.

Zaragoza, valor, toma mi insignia,
Esta es la misma banda que llevaron
Los que de extraño yugo me libraron;
Llévala pues, en prenda de mi amor.
Esa mi banda tricolor contempla
Y muéstrala tambien á tus soldados,
Recuérdales los héroes denodados
Que guardarla supieron con valor.

Si al verme jóven, rica y desvalida,
Cansada de sufrir terribles penas,
Pretenden encontrarme envilecida,
Sangre y mas sangre brotarán mis venas;
Antes prefiero terminar mi vida
Que no aceptar odiosas las cadenas
Que hipócrita el francés quiere imponerme
Bajo el pretesto de feliz hacerme.

Zaragoza, valor, llega la aurora,
Desnuda ya tu reluciente acero
Y esa farsa servil que en mala hora
Aquí mandó Napaleon tercero
Destroza sin piedad. Pero si implora
Tu perdon el francés aventurero,
Si lo pide sumiso y suplicante

En nombre de mi amor, dalo al instante.

VI.

Zaragoza quedó atónito,
Inmóvil, mudo y estático,
Pero besaba fanático
Aquel lienzo tricolor.
Fuerzas para hablar faltáronle
A aquella amazona heroica,
Solo con su calma estoica
Se decia tambien, valor.

Mas de pronto reanimándose
Aquel rostro al ver angelico,
Con un ardor siempre bélico
Por el campo echó á correr.

VII.

Al fin se deja ver el nuevo dia,
Tiñendo el cielo de carmin y rosa,
Y en la cima de un cerro se veia
Una tropa pequena y silenciosa.

Atentos los soldados escuchaban
De Zaragoza el entusiasta acento
Y en torno á su caballo se agrupaban.

“Mis valientes soldados: el momento
“De la terrible lucha se aprocsima,
“Hoy la fortuna nos dará sus dones
“Y el polvo besarán de aquesta cima
“De Francia los intrépidos campeones.

“Siempre el soldado Azteca fué valiente,
“Jamás retrocedió ante su enemigo,
“El que quiera un laurel para su frente
“Conquistar con honor, quede conmigo.”

Al aire los sombreros levantando
Los soldados en vivas prorumpieron,
Y mas y mas su círculo estrechando
Del General pendientes estuvieron.

VIII.

Qué mortal agitacion
La bella dama sufria,
Y cuán violento latia
Su sensible corazon.

Mas llena su alma de fé
Su propia ansiedad calmaba,
Y dicen que murmuraba
A solas, *yo triunfaré.*

No cesaba de observar
Zaragoza si venia
El enemigo, y decia
Es seguro, he de triunfar.

IX.

Ya se nota
Movimiento,
Trae el viento
Del clarin
El toque
Tan anhelado,
Ha llegado
La hora al fin.

Ya avanzan los franceses
Intrépidos y osados,
Con su aire de soldados
Que el mundo respetó.
Se pierden y aparecen
De nuevo en la llanura,
Llevando con bravura
Al brazo su fusil.

En tanto el mexicano
Espera firme y quieto
Detras del parapeto
Del fuego la señal.
Y miran impasibles
Aquellos mil quinientos
Que avanzan muy violentos,
Franceses cuatro mil.

¡Ay! el fuego ha comenzado,
Dios con Zaragoza sea,
No desmaye en la pelea
El galan enamorado.

“Ea mis valientes: valor,
Ved mi tricolor enseña,
Ved cual se oculta en la breña
El Zuavo y el Cazador.”

¡Qué humareda, vive Dios,
Y qué estruendo tan terrible;
Qué matanza tan horrible
Va de unos y otros en pos!

Ya se baten confundidos
Entre sí los batallones,
Si pierden sus posiciones
Las tornan á recobrar.

Tambien el Zuavo se muere,
(Un oaxaqueño decia,)
Y á diestra y siniestra heria
Con implacable furor.

Allí nuestros bravos indios
Con burlas y chanzonetas,
Hundieron sus bayonetas
En el cuerpo del francés.

“¡Ah Sebastopol! no corras,
Ya lo verán Solferinos,”
Y decian mil desatinos
Con un chiste original.

¡Qué lucha, y con qué valor
Unos y otros se batieron,
Y cuántos bravos murieron,
Y cuánta sangre corrió!

No se pudiera afirmar
El triunfo de quién seria,
Tal parece que ese día
Quiso la suerte jugar.

Fuera vana pretension
Contar los hechos gloriosos
Y los rasgos valerosos
De aquella célebre accion.
Zaragoza en su corcel
La línea iba recorriendo,
Y el entusiasmo impartiendo
En aquella tropa fiel.

XI.

¡Mas qué miro!
Sus arneses
Los faanceses
Tiran ya;
Y corren
Derrotados
Los ínclitos soldados
De gran celebridad.
¿Por qué dejais guerreros
Las cruces y medallas
Que en célebres batallas
Supísteis conquistar?
¿Por qué correis valientes
Intrépidos soldados?
Si vais como venados
¿Quién diablo os vá á alcanzar?
¿No deciais que al mexicano
Con vuestra gloria asustábais,
Y no orgullosos, soñábais
Un triunfo fácil tener?
¿Cómo es posible que el indio
Desnudo, hambriento é ignorante,
Eclipsara en un instante
Vuestro renombre y poder?
¿Dónde está vuestra osadia
Si así correis como gamos?
Vaya! que todos nos vamos
De vuestra audacia á reir.

¿No escuchais de los soldados
Esa su silba ruidosa
Y la diana bulliciosa
Que en el campo hacen oír?

XII.

Y en efecto, era verdad
Que al sonar de los tambores,
A la diosa Libertad
Entonaban mil loores
En santa fraternidad.

Zaragoza con amor
Y con los ojos bañados
De llanto consolador,
Besaba ante sus soldados
La bandera tricolor.

Y nadie podrá creer
Que la emoción le turbaba,
Fue la bandera á coger
Y en su pecho la estrechaba
Con indecible placer.

Quisiera decirlo yo.
Ya que la guerra os refiero,
De cómo el campo quedó;
Mas hubo un fuerte aguacero
Que ver también me impidió.

Nada agradable en verdad
Esa descripción sería,
Muchos, ¡ay! por ese día
Quedaron en la orfandad.

XIII.

Entre tanto la virgen de mi historia
Impaciente en su reja reclinada,
Fijaba la tristísima mirada,
Del firmamento en la extensión azul.
De pronto, una confusa gritería
Percibiendo á lo lejos, reanimose

Y de su pecho al punto desterrose
La zozobra mortal y la inquietud.

Zaragoza llegó con sus soldados
Y de su amada al contemplar los ojos,
A su presencia se postró de hinojos
Y con voz conturbada, así la habló:

XIV.

“Aquí me tienes señora mía,
“Si en algo estimas mi ardiente amor,
“Te ruego olvides en este día
“Tus desventuras y tu dolor.

“Tuve la dicha de haber cumplido
“Tal como anoche te lo ofrecí,
“Ya tu enemigo queda vencido,
“Pero mi gloria la debo á tí.

“Por tí señora, en medio de la guerra
“Pude atrevido y con ardor luchar,
“E hicieron mis soldados que en la tierra
“Fuera el francés su frente á señalar.

“Deja que bese por la vez postrera,
“Con la efusion de mi entusiasmo y fé,
“Esa tu hermosa tricolor bandera
“A cuya sombra con ardor luché.”

XV.

Ya no pudo continuar,
Su voz estaba temblante,
Y lívido su semblante
Y torpe y tardo su andar.

La vírgen que lo observó
Fué en sus brazos á estrecharlo,
Iba en la frente á besarlo
Pero de pronto espiró.

A mi patria llorar ví
Porque ella la vírgen era
Seductora y hechicera,
En cuyo suelo nací.

XVI.

Ya la historia terminó
Pueblo, que escuchar quisiste,
Perdona si no espresé
El gozo que en mi alma existe
Y tu atención fatigué.

Cantemos entusiastas mil loores
Al Sol de Mayo que alumbró glorioso
El triunfo sobre alevos invasores
Que mandara un monarca codicioso,
Sediento de riquezas y de honores.
Alcemos nuestro canto victorioso
Y aquí esclamemos con la frente altiva:
¡Viva la Libertad! ¡México viva!

Toluca, Mayo 5 de 1869.

ANDRES CASTRO Y PULGAR.